

NUNCA SERÁN LOS DÍAS TAN PROPICIOS

Nunca serán los días tan propicios:
el aire alegrado,
la granazón de la ceniza, todo
lo que en un tiempo fue ternura.
Quede el amor por testimonio.
Las montañas tendidas, los volcanes,
la amarillenta arena caminera,
tierra oscura atravesé callando;
la trabajosa viña, la hondura
del garbanzo, los sables relucientes
de la cebolla atravesé callando.
Las olas suben dentro de mis ojos,
el jurel afilado,
el rojo cantarero.
Chillan las nubes, las gaviotas grises,
el cernícalo pasa encandilado
bajo celestes aguas luminosas;
tiembla la luz por la caleta clara;
sobre peñas doradas, por las hoyas
blancas entra la luz temblando;
hermoso taller el mío: la isla.

MI CASA EL MAR

El mar mi casa, muro
blanco por el que bajo a las orillas.
El mar mi casa arriba por la tierra.
¡Qué verde y qué crecida viene, cuánto
mueven los vientos
la blanda hierba de sus valles, cómo
despunta blanca su flor de cada ola!
¡Cómo viene mi mar con cada día
en que varamos! ¡Toda albeada
blanca, toda de blanco como un pueblo,
calles de piedra azul y verde, cómo
cruzan los bueyes a vela, cómo hunden
sus arados a popa!
Mi casa el mar; no quiero
bajar del mar a pozo hondo, a cueva
oscura, a tierra negra.
Dejadme aquí en el mar subido, aquí
en el palo mayor de la mañana.
Dejadme aquí en el barco de esta tierra,
aquí en el mar; no quiero
desembarcar en esa cueva oscura,
en ese caletón sombrío.